

Primavera de lobos

The wolves' springtime

■ Juan Carlos Blanco

Resumen

En este artículo se analizan distintos aspectos biológicos, etológicos y de hábitat del lobo, así como su situación no solamente en España, país que tiene el privilegio de albergar la población de lobos más numerosa de Europa occidental, sino también en el resto del mundo.

Palabras clave

Lobo. Distribución geográfica del lobo. Hábitat y costumbres del lobo.

Abstract

In this article different biological and ethological aspects as well as the wolf's habitat are analysed. In addition, a consideration is given to their situation in Spain, a country which has the privilege of giving shelter to the biggest wolf population in Western Europe, and in the rest of the world.

Key words

Wolf. Geographical distribution of the wolf. Habitat and habits of the wolves.

■ **Escoba florida, loba parida**

A mediados de mayo, la primavera ha estallado con todo su esplendor en los montes españoles. Las praderas están tapizadas de flores y el canto del cuco resuena en las mañanas frescas y luminosas. Para los lobos, el ajetreo del celo ha terminado hace ya dos meses, y las noches de aullidos dedicadas a la búsqueda febril de pareja han dejado paso a una época de cautela y discreción. La loba tiene buenos motivos para ser reservada. Está preñada y busca un lugar secreto para parir. En las últimas semanas su comportamiento apenas se ha visto afectado por la preñez. Ha recorrido decenas de kilómetros cada noche, ha perseguido a las liebres en los barbechos y ha aba-

El autor es biólogo.

tido a los corzos en el bosque como en cualquier otro momento del año. Pero ahora ya está muy gorda y muestra obsesión por acondicionar antiguas madrigueras y excavar otras nuevas. Por fin, una noche se introduce en una hura de conejos ensanchada y pare cinco lobeznos ciegos y desvalidos. En las dos semanas siguientes, la madre permanecerá la mayor parte del tiempo con ellos en la oscuridad de su cueva, cuyas bocas están escondidas entre retamas y piornos cargados de flores blancas y amarillas. Un año más, el refrán castellano se ha hecho realidad: “Escoba florida, loba parida”.

El lobo en el campo

Poco a poco la loba recupera su actividad nocturna y es posible que la suerte nos permita observarla una noche a la luz de los faros del coche mientras cruza la estrecha carretera local o atravesando un claro al amanecer. Sus protuberantes mamas y las costillas bien marcadas son el precio de su dedicación a la crianza, que durante muchas semanas mantendrán a la madre en un estado de notable delgadez. Pero, aunque sea la primera vez que vemos un lobo en libertad, notaremos de inmediato que no es un perro. El trote ingrávito —parece que flota sobre el suelo—, el galope al huir, la parada en lo alto de la ladera para observarnos —los ojos oblicuos de mirada ambarina— antes de desaparecer de nuestra vista. Cada rasgo del lobo resalta el porte montaraz que el perro ha perdido en su domesticación.

Pero lo cierto es que perros y lobos están tan estrechamente emparentados que siempre tenemos que referirnos a los primeros para describir a los últimos. Con el aspecto general de un perro pastor alemán y un tamaño ligeramente menor, el lobo ibérico se diferencia de éste por tener la cabeza más grande y redondeada, con los maseteros muy desarrollados. Las orejas son más cortas, el cuello robusto, el perfil del cuerpo es algo cóncavo y la grupa está ligeramente hundida. El pelaje en el cuello, el lomo y la cola es largo y más oscuro que el del resto del cuerpo. Presenta un trazo blanco a lo largo de las mejillas, y las patas anteriores suelen estar recorridas por una línea oscura característica, que a veces llega hasta cerca del pecho. El patrón de color de los lobos españoles es bastante homogéneo, pero las distintas subespecies del mundo —e incluso ejemplares de las mismas poblaciones— muestran un abanico de colores que oscilan desde el blanco de los lobos árticos hasta el negro puro de los ejemplares melánicos, bastante frecuentes en Norteamérica.

El tamaño de los lobos muestra un gradiente latitudinal acorde con la regla ecológica de Bergmann, de tal forma que los más grandes viven en los países más septentrionales. Los lobos ibéricos tienen un tamaño medio; la longitud de la cabeza-cuerpo oscila alrededor de los 120 cm, la cola mide unos 40 cm y la altura a la cruz es de 70-80 cm. El peso medio de los machos y las hembras adultos es de 32 y 28 kg, respectivamente, con máximos comprobados de 46 y 38 kg, aunque es probable que haya lobos españoles de mayor tamaño.

Los fotógrafos de Naturaleza saben que al lobo hay que retratarlo en invierno, cuando el espeso pelaje le confiere un aspecto macizo, majestuoso. Por el contrario, el corto pelo de verano le da un aire estilizado, poco señorial, en el que destaca el volumen de la cabeza. Mientras se desplaza, el lobo suele llevar la cola colgante, llamando la atención su característico trote lobero.

Todos hemos oído el grave aullido del lobo en innumerables documentales. Pero en la Naturaleza los lobos emiten con mayor frecuencia aullidos más agudos; es más, los individuos subordinados y los cachorros en verano y otoño emiten una mezcla de aullidos y gemidos que mucha gente no identificaría con los aullidos que nos erizan el vello en las películas. También se ha exagerado sobre el alcance de los aullidos; es cierto que un coro de aullidos en una noche tranquila se oye sin dificultades a un kilómetro de distancia, pero a más de dos kilómetros pocas personas son capaces de percibirlo. A veces responden a aullidos simulados, y los investigadores usan a menudo esta técnica para detectar las camadas y estimar el número de lobos de una zona.

A la hora de determinar si las huellas, los excrementos e incluso los aullidos corresponden a lobos o a perros conviene ser muy cauto, pues en la mayoría de las ocasiones es muy difícil —a veces imposible— distinguir con total seguridad la paternidad de los indicios. De hecho, los perros son lobos domesticados, y los lobos en el fondo son perros que viven en el campo. Pero repasemos a continuación la taxonomía de los lobos y de los cánidos relacionados.

Lobos y perros

La mayoría de los especialistas han reconocido tradicionalmente la existencia de una sola especie de lobo, que en 1758 fue denominada por Linneo como *Canis lupus*. Los europeos le suelen llamar *lobo común* o simplemente lobo, mientras que los americanos le denominan *lobo gris*. Todos los perros derivan del lobo, y de acuerdo con recientes estudios genéticos, los primeros canes proceden de un puñado de lobos domesticados por humanos que vivieron en China o sus proximidades. Aunque hay cierta polémica sobre las fechas de su domesticación, parece que ésta se produjo hace entre 15.000 y 10.000 años, cuando las sociedades humanas abandonaron su vida nómada para explotar la agricultura y la ganadería. Los lobos y los perros se hibridan sin problemas en cautividad produciendo descendencia fértil, y también lo hacen en libertad cuando las poblaciones están muy fragmentadas o han quedado muy reducidas a causa de la persecución.

Existe, sin embargo, un cierto debate sobre cuántas subespecies de lobos existen. El zoólogo Ángel Cabrera, a principios del siglo xx, describió dos subespecies en España: *Canis lupus signatus* y *Canis lupus deitanus*. La primera corresponde al lobo actual de la península Ibérica y, aunque la mayoría de los autores internacionales no reconocen su categoría subespecífica —considerando al lobo ibérico como *C. lupus*—

lupus—, presenta diferencias apreciables con relación a otras poblaciones europeas. *C. l. deitanus* sería —según Cabrera— una subespecie más pequeña y achacalada, originaria de la provincia de Murcia, en la actualidad extinguida. No obstante, existen argumentos de peso para dudar de que dicha subespecie haya existido alguna vez, y en la actualidad no es reconocida por ningún especialista.

Cazadores del Norte

Originalmente, el lobo era uno de los mamíferos con área de distribución natural más amplia en el mundo, pues ocupaba la mayor parte del Hemisferio Norte por encima del paralelo 20. Sin embargo, la persecución por el hombre lo ha erradicado de muchas zonas, y en la actualidad ha desaparecido del 15% de su área de distribución en Canadá, del 95% en los Estados Unidos (excepto Alaska) y Méjico y del 25% en Europa y Asia. Hoy en día las principales poblaciones se encuentran en Canadá y Alaska (unos 70.000 ejemplares), la Federación Rusa (unos 50.000) y Asia central. La población mundial se estima en más de 200.000 ejemplares. Después de siglos de regresión generalizada, en las últimas décadas están aumentando al menos en Norteamérica y la mayor parte de Europa gracias a la nueva conciencia conservacionista. En Europa, las principales poblaciones se encuentran en los países del Este y en la península Ibérica. Las principales poblaciones del Este están en la Rusia europea (unos 15.000 lobos) y en Rumania (unos 3.000). En el sur de Europa hay poblaciones en Grecia (500-700), Italia (500) y Portugal (300). En 1992 apareció en los Alpes franceses una pareja procedente de Italia, y en la actualidad hay unos 150 en Francia.

En España se realizó en 1988 una detallada evaluación nacional, según la cual el lobo se extendía por unos 100.000 km², sobre todo en el cuadrante noroccidental del país. Se distribuye de forma continua por la mayor parte de Galicia, la porción meridional de Asturias y Cantabria, la mitad septentrional de Castilla y León y algunas zonas de la Rioja y el País Vasco. Además, había dos núcleos residuales y aislados en Extremadura y Sierra Morena (Ciudad Real y Jaén). En Portugal hay lobos en el extremo nororiental del país, sobre todo junto a la frontera española.

En 1988, el tamaño de la población española se estimó entre 1.500 y 2.000. Casi el 90% de los ejemplares se encontraba en Castilla y León (54%) y en Galicia (34%). La densidad media en España oscilaba entre 1,5 y 2,0 individuos/100 km². Las mayores densidades locales se encontraban en áreas situadas en el noroeste de Zamora (5-7 lobos/100 km²) y en una zona que incluye porciones de las provincias de León, Palencia y Burgos (3,0-4,2 lobos/100 km²). Las densidades mínimas estaban en las llanuras cerealistas del centro de Castilla y León (0,4-0,6 lobos/100 km²), que acababan de ser recolonizadas por la especie. La población de la mitad septentrional de España había aumentado entre 1970 y 1988, mientras que los núcleos de la mitad meridional mostraban una tendencia regresiva, encontrándose en peligro de extinción.



Los estudios realizados entre 1988 y 2006 muestran que las tendencias observadas en 1988 se han consolidado. La población septentrional ha experimentado un incremento, que se manifiesta en una leve expansión y un aumento de la densidad en el Este (Cantabria, País Vasco, La Rioja y Soria). Sin embargo, el incremento más obvio se produce en el sur de su área de distribución septentrional, donde los lobos —recién establecidos— se encontraban aún en mínima densidad a finales de los 80. En la llanura cerealista castellana, la densidad de población ha aumentado notablemente en la década de los 90 y los lobos han atravesado el Duero en varios puntos, afianzando su presencia en el sur de Zamora y Valladolid. En 1998 se detectó su reproducción por primera vez en Segovia; en 2000, en Guadalajara y en 2001, en Ávila. La población reproductora se extiende también por la mitad occidental de Soria, pero entre 2001 y principios de 2007 se ha notado una leve reducción de los lobos del extremo suroccidental del área de distribución, es decir, en las provincias de Soria y Guadalajara.

Por el contrario, los pequeños núcleos aislados del sur y el oeste de España no han mostrado signos de recuperación. En los últimos años no se han detectado manadas reproductoras en la sierra de Gata ni en Extremadura, y la población de Sierra Morena —centrada en las proximidades de Andújar, en Jaén— consta apenas de un puñado de manadas.

Estudiando a una especie esquiva

Tras siglos de persecución, los lobos han aprendido a moverse con el sigilo de las sombras, duermen durante el día y buscan su alimento por la noche, cuando la oscuridad los oculta de las miradas del hombre. Esta vida clandestina convierte su estudio en una difícil tarea, y con los métodos tradicionales sólo podemos recoger datos anecdóticos: el testimonio de un pastor que los sorprendió cruzando el páramo al salir el sol, las reclamaciones —muchas veces exageradas— del ataque a un rebaño de ovejas, o las huellas y excrementos que los lobos dejan en una pista forestal. Tal información resulta insuficiente para diseñar las estrategias de conservación y gestión que precisa esta especie tan conflictiva.

Por este motivo se han desarrollado técnicas específicas de investigación que nos permiten obtener datos que se aplican también a otros carnívoros. Uno de los principales métodos de estudio es el *radiomarcaje*: los biólogos capturan a los lobos con trampas inofensivas y los anestesian durante el tiempo suficiente para colocarles en el cuello un collar con un radiotransmisor que permite localizarlos. Como cada transmisor emite en una frecuencia distinta —igual que si se tratara de diferentes emisoras de radio—, es posible tener radiomarcados a varios animales a la vez en la misma área, lo que multiplica la información recogida. En los lugares más salvajes y apartados de Norteamérica, los lobos radiomarcados son localizados desde avionetas, lo que permite observar a las manadas desde el aire, contar sus miembros e incluso pre-

senciar escenas de caza. También se está usando el marcaje vía satélite, muy útil en los lugares inaccesibles o en el caso de los animales que se dispersan cientos de kilómetros. En muchas áreas, los biólogos estudian también a los ungulados de los que se alimentan los lobos, lo que permite comprender mucho mejor la relación entre los predadores y sus presas.

Además del radiomarcaje, el análisis de excrementos permite conocer su alimentación; en las regiones donde nieva con frecuencia, el seguimiento de las huellas durante largas distancias permite interpretar sus actividades, saber qué presas han cazado y —analizando los cadáveres de éstas— conocer las características de los animales depredados. Los aullidos simulados permiten encontrar a las camadas en medios forestales, y el estudio genético de sangre, pelos o excrementos nos da información sobre el parentesco y la variabilidad genética de los ejemplares y las distintas poblaciones, y también sobre la hibridación con coyotes (en Norteamérica) o con perros. En los últimos años, la investigación de las actitudes y percepciones hacia los lobos de las sociedades humanas que conviven con ellos ha añadido nuevas perspectivas para interpretar nuestras relaciones con esta especie. Todos estos estudios, sistemáticamente planificados, analizados y comparados, nos han permitido tener un amplio conocimiento científico sobre la biología del lobo y los requerimientos precisos para su conservación.

En España, un número creciente de biólogos y naturalistas está estudiando distintos aspectos de la biología y la problemática de estos animales en varias regiones. Nosotros mismos, desde 1997, hemos radiomarcado 16 lobos con radiocollares de larga duración, dos de ellos con tecnología GPS. Esto nos ha permitido conocer la vida de algunos ejemplares durante varios años (a varios de ellos los hemos seguido casi durante seis años seguidos), y determinar algunos de los aspectos de su ecología que describimos a continuación.

Desde la alta montaña hasta la llanura cerealista

Los aficionados a los documentales de Naturaleza recordarán a los lobos blancos que viven en el Alto Ártico cazando liebres boreales y lanudos bueyes almizcleros, en un medio de hielos y ventiscas, tan bello como inhóspito. Como también habrá visto los que viven en los desiertos de Arabia o la India, o quizás habrá contemplado fotos de los lobos españoles que crían entre las cebadas y los maíces de las llanuras agrícolas de Valladolid. Pero, ¿cuál es su verdadero hábitat?

La respuesta es que todos ellos son “verdaderos” hábitat del lobo, porque nuestro protagonista es ante todo un animal adaptable, cuya mayor especialización es carecer de grandes especializaciones. Por este motivo, podemos encontrar lobos desde los desiertos helados cercanos al Polo Norte hasta los tórridos arenales de Arabia, pasando por casi todos los medios del Hemisferio Norte si exceptuamos el bosque tropical. Lo único que necesitan es alimento y refugio para guarecerse de su gran enemigo: el hombre. Por

esta razón, solemos identificarlos con zonas boscosas o áreas remotas, adonde han sido desplazados por la presión del hombre. Pero cuando —en las últimas décadas— la tolerancia de la sociedad hacia ellos ha aumentado, han llegado a ocupar medios bastante degradados donde anteriormente pensábamos que no podrían sobrevivir.

España constituye un buen ejemplo de la diversidad de medios donde pueden habitar los lobos. Así, en muchos lugares de Galicia la especie vive en regiones con elevada densidad de población humana, alimentándose de restos de basureros y ganado. En la Cordillera Cantábrica ocupa montañas cubiertas de matorrales, bosques y pastizales, donde consume los abundantes ungulados silvestres —corzos, rebecos, ciervos y jabalíes— pero también el ganado que pasta en las praderías. En la región situada al sur de la Cordillera Cantábrica, donde los lobos alcanzan las mayores densidades, el paisaje está formado por robledales alternados con cultivos de cereal. En la Meseta castellana prefieren pequeños encinares y pinares situados en la llanura cerealista. En Sierra Morena, por último, viven en grandes fincas privadas, cubiertas de bosque y matorral mediterráneo, repletas de ciervos y dedicadas a la explotación de la caza mayor.

Es cierto que los lobos pueden vivir en muchos medios diferentes, pero no todos son igualmente favorables para la especie. Su hábitat óptimo en España presenta tres características esenciales: aporta protección contra el hombre, tiene suficiente alimento y no propicia conflictos entre los lobos y los intereses humanos. Tales áreas suelen tener densa cobertura vegetal y escasa densidad de población humana (menos de 10 habitantes/km²) y densas poblaciones de corzos y jabalíes, con ganado doméstico que el lobo consume sobre todo en forma de carroña. Además, en estos hábitat óptimos, la caza mayor no constituye un recurso económico destacado y el ganado no se maneja en régimen extensivo, pues tales circunstancias suelen generar conflictos y la consiguiente persecución por parte del hombre. En términos generales, estas zonas óptimas se encuentran en una amplia zona castellana de media montaña, cubierta de robledales, que se extiende al sur de la Cordillera Cantábrica, desde el sur de Orense y el norte de Zamora hasta Burgos, incluyendo amplias zonas de León y Palencia.

La actitud por parte del hombre es un elemento del hábitat al menos tan importante como la cobertura vegetal o el alimento natural. Cuando no son perseguidos con especial saña, los lobos pueden llegar a vivir en áreas densamente pobladas alimentándose de carroñas de animales domésticos. Cuanto mayor sea la tolerancia por parte del hombre, menos requerimientos ecológicos precisarán para vivir.

El menú del lobo: corzos, jabalíes...

Como corresponde a un animal generalista, su alimentación es muy variable, y puede constar tanto de alces de media tonelada de peso como de pequeños roedores, aunque el lobo es típicamente un predador de ungulados de mediano y gran tamaño. En España su dieta es muy diversa y varía en las diferentes regiones, pero la depen-



dencia del ganado doméstico (que, en su mayor parte, es consumido como carroña) y de los ungulados silvestres es un rasgo común en casi todo el país.

Numerosos estudios realizados sobre su alimentación en España dan cuenta de tal diversidad. Así, en la mitad occidental de Galicia, una zona con alta densidad de población humana, se alimenta sobre todo de restos de gallineros y granjas de cerdos, y de ganado. En la Cordillera Cantábrica, el área subcantábrica y la Sierra de la Demanda, lo hace de ungulados silvestres (corzos y, en menor medida, jabalíes y ciervos) y domésticos. En la llanura cerealista castellana, los conejos pueden tener gran importancia, llegando a aparecer en el 44% de los excrementos y estómagos analizados en primavera y verano. En Extremadura se alimentan tanto de ungulados silvestres como domésticos y en Sierra Morena los ciervos parecen ser su alimento esencial. En general, los estudios realizados en España resaltan la importancia que la carroña de animales domésticos tiene en su dieta.

Los lobos cazan las grandes presas de forma cooperativa, y a veces también las pequeñas. En la provincia de Burgos se ha observado la persecución y captura de una liebre por parte de tres lobos actuando de forma coordinada. Normalmente, eligen a los ejemplares más vulnerables, es decir, las crías, los ejemplares viejos y los enfermos. En la comarca del Curueño (León), se ha comprobado que el 42,8% de los corzos consumidos en verano eran crías.

En cuanto al impacto de los lobos sobre sus presas, en Canadá se ha observado que la depredación puede controlar e incluso limitar las densidades de ungulados silvestres, pero, en sí misma, no parece ser responsable del declive de las poblaciones de presas. No obstante, cuando este declive se produce por una combinación de factores meteorológicos, deterioro del hábitat, depredación por parte de otras especies, caza excesiva o enfermedades, la depredación por el lobo puede dificultar la recuperación de las poblaciones de ungulados durante décadas, provocando al tiempo un descenso en las densidades de lobos. En estos casos, la prohibición de la caza de ungulados y el control de sus predadores puede incrementar con rapidez las densidades de aquéllos y, finalmente, también la de lobos.

En España, donde los ecosistemas son mucho más complejos que los de las regiones septentrionales de la Tierra, no hay datos globales de los efectos de la depredación del lobo sobre sus presas naturales. En la provincia de Burgos, entre 1981 y 1985 se comprobó que las poblaciones de lobos y corzos aumentaron exponencialmente de forma simultánea. En Valladolid, en la década de los 80, la expansión de los lobos y los corzos ha sido también coincidente.

... Y ganado

La depredación del lobo sobre el ganado doméstico constituye un fenómeno universal, y es la principal causa de la tradicional persecución por parte del hombre. En

Europa, donde apenas existen extensas áreas despobladas, los daños a la ganadería deben aceptarse como un hecho inseparable de la existencia de este animal. En España, en 1988 se estimó que los lobos provocaban anualmente la muerte de unas 1.200 cabezas de ganado equino, unas 450 de vacuno y unas 5.000 de ovino y caprino, lo que supondría unas pérdidas de unos 120 millones de pesetas. En 2006, una nueva evaluación elevó la cifra de daños a 1,9 millones de euros al año. Estas cifras, repartidas por los 120.000 km² del área de distribución de la especie, son insignificantes si consideramos las pérdidas habituales que sufre el sector agropecuario por otras causas naturales, pero pueden tener un impacto importante sobre algunos ganaderos concretos. La depredación sobre el ganado es desproporcionadamente elevada en las áreas de montaña (el 77% de los daños se producen en estas zonas, que sólo albergan el 20% de los lobos del país) a causa de la falta de vigilancia del ganado en régimen extensivo. Un factor común a la depredación sobre el ganado son las lobadas, en las que los cánidos matan muchos más individuos de los que pueden comer. En 78 ataques estudiados en la Sierra de la Demanda (Burgos), el número medio de ovejas muertas fue de 7,6 ejemplares en cada ataque. Esta depredación excesiva se produce esporádicamente en todas las especies de carnívoros conocidos, y denota la falta de inhibición de la agresividad cuando atacan animales con escasos mecanismos de defensa.

El territorio del lobo

Como veremos más adelante, los lobos viven en manadas, cuyos miembros comparten un territorio común. Las poblaciones se organizan en un mosaico de territorios contiguos o con un grado variable de solapamiento. Por encima de este mosaico se sitúa una nube de ejemplares solitarios llamados transeúntes o flotantes, que tienen movimientos irregulares e impredecibles. Los límites de los territorios se anuncian a las manadas vecinas con señales acústicas —los famosos aullidos— y mediante el marcaje olfativo con excrementos y orina. Los encuentros entre manadas son raros pero pueden dar lugar a combates que con cierta frecuencia acaban en la muerte de algún ejemplar. En la Carballeda zamorana y la Cabrera leonesa se ha estudiado el uso de los excrementos para el marcaje olfativo. En su mayoría se acumulan junto a cruces de caminos y cortafuegos, donde la probabilidad de ser detectados por otros lobos es máxima, y están asociados a puntos de referencia evidentes, como promontorios, arbustos aislados o carroñas, que potencian visual u olfativamente su eficacia.

En Norteamérica, los tamaños de estos territorios oscilan entre 100 km² y 2.000 km², y son inversamente proporcionales a la densidad de ungulados silvestres en la zona (en general, en las regiones más septentrionales la disponibilidad de alimento es menor, y los territorios de los lobos son mayores). Cuando los lobos cazan presas muy móviles —como caribúes en migración— o disponen de fuentes muy concentradas de

alimento, esta estructura territorial puede desaparecer. En el estudio que estamos realizando con animales radiomarcados en áreas agrícolas de Valladolid y Zamora, los ejemplares territoriales ocuparon áreas de campeo que han oscilado entre 100 y 500 km², aunque en las áreas mayores había grandes espacios poco o nada frecuentados. Dentro de estas grandes áreas de campeo, los lobos tienen zonas preferidas de tamaño mucho menor —entre 5 y 20 km²— donde pasan la mayor parte del tiempo.

En los lugares salvajes con escasa presencia humana, pueden estar activos tanto de día como de noche, pero en España y en otros países densamente humanizados, concentran su actividad en la noche y suelen permanecer dormidos casi todo el día en alguna zona de densa vegetación para evitar al hombre. En los encames diurnos, los lobos seleccionan las zonas de refugio, que en general son las que tienen vegetación más densa, mientras que durante la noche prefieren las áreas con mayor cantidad de alimento. Los animales seguidos en nuestro estudio se movieron por término medio 20 km cada noche, aunque uno de ellos se desplazó 48 km en una sola noche. Por la mañana se encamaban en un punto que por término medio distaba 5,5 km de donde habían empezado su actividad la noche anterior, si bien las diferencias entre distintas noches eran enormes.

En su ciclo anual podemos considerar dos períodos distintos: el primero se sitúa en la temporada de cría, entre mayo y octubre, y el segundo comprende el resto del año. En la temporada de cría, los lobos de la manada se centran alrededor de la madriguera y las áreas aledañas; aunque los adultos y subadultos siguen recorriendo largas distancias durante la noche, la mayoría de las mañanas vuelven a encamarse en los alrededores de la madriguera. Antes de cumplir dos meses, los lobeznos abandonan la madriguera y se encaman al aire libre en áreas concretas llamadas centros de reunión, adonde los adultos y subadultos siguen acudiendo casi todos los días tras las correrías nocturnas. Estos centros de reunión —que a veces están muy próximos a la madriguera— son áreas de un kilómetro cuadrado con densa vegetación, próximas al agua y a zonas con abundante alimento, donde los cachorros pasan el día jugando, dormitando y esperando la llegada de los adultos y subadultos. En regiones agrícolas, muchas veces los lobos se concentran en maizales u otros campos de cultivo. En general, a partir de noviembre, los cachorros suelen salir a buscar alimento con sus padres, abandonando estas zonas de reunión y haciendo desplazamientos mucho mayores. En la época de invierno, los lobos se hacen más errantes ya que no tienen que volver a ningún punto fijo; no obstante, incluso en invierno, estos centros de reunión de las manadas son más visitados que otros puntos del territorio.

El comportamiento social en el seno de la manada

Como es sabido, los lobos viven en manadas jerarquizadas, compuestas en general por miembros de la misma familia. En nuestros trabajos con animales radiomarca-

dos en Valladolid y Zamora, hemos sido testigos de la formación de varias manadas. Por ejemplo, Taraza, una hembra que radiomarcamos cuando tenía 16 meses de edad, abandonó su territorio natal a los dos años, se emparejó con un macho cuando tenía unos tres años y parió por primera vez a los cuatro años. Taraza se estableció en el borde del territorio de su madre, en una zona que conocía bien porque la había recorrido en numerosas ocasiones con los miembros de su manada natal. El primer año parió 6 cachorros, tres de los cuales sobrevivieron hasta la siguiente temporada de cría y se quedaron con la pareja reproductora. El segundo año parió 5, y en ese momento la manada estaba formada por la pareja reproductora (Taraza y su compañero), los tres jóvenes del año anterior y los 5 cachorros menores de un año. En esencia, ésta es la estructura típica de una manada. Los miembros de la única pareja reproductora son casi siempre los individuos dominantes, y los jóvenes del año anterior colaboran en la cría, alimentando, cuidando y jugando con los nuevos lobeznos. Antes de cumplir dos años, los jóvenes suelen abandonar su manada natal para intentar establecer su propio grupo familiar, aunque existen numerosas excepciones a esta regla. Si uno de los fundadores de la manada muriera, le sustituiría un ejemplar procedente de otra manada, ya que los lobos en libertad —aunque no los ejemplares cautivos— tienden a evitar el incesto, es decir, eluden emparejarse con parientes próximos, como han demostrado detallados análisis genéticos realizados en tres poblaciones de Norteamérica.

¿Y de dónde viene el lobo que sustituye al reproductor muerto? ¿Cómo se enteran los miembros de otras manadas de la existencia de una vacante en un grupo familiar diferente? Pues bien, además de los miembros de pleno derecho de las manadas, existe otra categoría social formada por los ejemplares “transeúntes” o “flotantes”. Éstos son lobos que abandonan su manada natal al alcanzar la madurez —es decir, se dispersan— para buscar un territorio vacío, y vagabundean en solitario durante meses e incluso años hasta encontrar un hueco en otra manada previamente formada o un espacio vacío que les permita —como en el caso de Taraza— establecer un territorio y fundar su propio grupo familiar. En las zonas donde la población está saturada, los flotantes pueden constituir hasta el 30% de los ejemplares de la población. Suelen ser tratados con agresividad por los propietarios de los territorios establecidos y son relegados a las zonas marginales, donde a veces mueren de inanición o a causa del hombre. En las luchas territoriales los lobos pueden matar a otros ejemplares, y en algunas poblaciones de Alaska estas luchas constituyen la primera causa de mortalidad.

¿Y cuántos lobos hay en cada manada? Tanto en Norteamérica como en España las manadas estables de 5 a 10 individuos son las más habituales. Tradicionalmente, se ha pensado que tal número depende del tamaño de la presa principal, pues se suponía que los lobos se unían en grupos para matar ungulados de gran porte, como alces o bisontes. Pero en los últimos años se ha argumentado de forma convincente que las manadas más grandes se forman en los territorios con abundante alimento, lo que permite a la pareja reproductora compartirlo con numerosos descendientes. De

esta forma se explica que las manadas españolas que viven en medios agrícolas constan con cierta frecuencia de 10 o más ejemplares, a pesar de que las presas de la zona son tan modestas como liebres o conejos; el abundante alimento aportado por los muladares explica la formación de estas manadas relativamente numerosas en nuestros humanizados paisajes españoles. En general, las manadas de más de 13 lobos son raras e inestables, pero en el año 2000 se ha visto, en Minnesota, una con 25, aunque el récord aún lo conserva una manada que se observó en 1967 en Alaska, que constaba de 36 lobos.

Los miembros de la manada comparten un territorio común pero con mucha frecuencia se encaman y buscan alimento solos o en pequeños grupos, que se juntan y se vuelven a separar con frecuencia. Sin embargo, hay dos factores que dan cohesión a los miembros de la manada: la nieve en invierno y los cachorros, en verano. En los países donde la nieve persiste durante varios meses en invierno, los grandes ungulados se vuelven mucho más vulnerables, y la mayoría o todos los miembros de la manada cazan juntos para aprovechar estas grandes presas, como hemos visto en las fotos que representan a nutridas congregaciones de lobos atacando a un alce en los bosques nevados de Norteamérica. Por el contrario, en ausencia de nieve, los lobos de la manada cazan presas menores, y suelen buscar el alimento solos o en pequeños grupos, pero siguen manteniendo contacto de forma regular.

Además, en la temporada de cría, los miembros de la manada se congregan en torno a los cachorros. En esta época, los niveles de prolactina —la hormona de la maternidad, que induce a los mamíferos a cuidar y alimentar a las crías— aumenta en todos los lobos, incluso en los machos y en los individuos no reproductores, por lo que los miembros de la manada se congregan a menudo en torno a la madriguera y los centros de reunión de los lobeznos.

En España es en verano y a principios de otoño cuando podemos ver juntos a los miembros de la manada atendiendo a los cachorros. Como hemos dicho, los grupos formados por 4 o 5 adultos y subadultos y 5 o 6 lobeznos menores de un año no son infrecuentes, aunque constituye un auténtico privilegio tener la oportunidad de contemplarlos a todos juntos.

Una nueva camada cada primavera

En España el celo tiene lugar en marzo y tras 63 días de gestación se producen los partos (entre abril y junio), por lo general más tardíos en las regiones más septentrionales. En los grupos estables normalmente no copulan más que los individuos dominantes de cada sexo, por lo que sólo se produce una camada por manada. Aunque las hembras pueden copular antes de cumplir un año, no suelen hacerlo antes de los 22 meses. La paridera suele localizarse cerca del agua, en terreno poco accesible, aunque en la Meseta castellana pueden criar en los lechos de los regatos



que separan campos de cereales, en áreas totalmente desarboladas. En España, el tamaño medio de 129 camadas observadas en primavera fue de 5,33 lobeznos, pero en 1989 se observó en la provincia de Valladolid una camada de 10 lobeznos, todos los cuales sobrevivieron al menos hasta los tres meses y medio de edad. Al nacer pesan unos 500 g, abren los ojos a los 11-15 días y comienzan a salir del cubil a las tres semanas. Hasta las 11 semanas viven en los alrededores de la paridera estrechando los vínculos sociales con otros miembros de la manada, y desde los cinco meses hasta la dispersión participan en la caza con los miembros de su manada.

Los lobos que hemos radiomarcado en las provincias de Valladolid y Zamora se han dispersado alrededor de los dos años de edad, algunos de ellos han establecido su propia manada a una distancia que oscila entre 13 y 50 km de su lugar de nacimiento y otros han muerto en su período de vagabundeo.

Conservar una especie conflictiva

El mayor pecado del lobo consiste en atacar al ganado que no está suficientemente protegido. Por este motivo ha sido tradicionalmente perseguido por todas las culturas pastoriles euroasiáticas. Además, en Norteamérica ha sido también acosado a causa de la depredación sobre los ungulados silvestres de interés cinegético o comercial. En consecuencia, ha sido erradicado de parte de su área de distribución natural, y de hecho fue catalogado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) como vulnerable a escala mundial. No obstante, a partir de los años 70, está aumentando en la mayor parte de su área de distribución en el mundo gracias al cambio de actitud del público hacia la Naturaleza, y en la actualidad esta prestigiosa institución lo ha incluido en la categoría "Riesgo menor", aunque en la península Ibérica reconoce que la conservación del lobo depende de la aplicación continua de medidas de conservación, y ha sido catalogado como "Casi Amenazado".

La especie ocupaba la mayor parte de España hasta mediados del siglo XIX, pero la creciente presión humana la llevó a una situación crítica hacia 1970. Desde entonces, las poblaciones se han recuperado de forma notable como consecuencia de la nueva conciencia conservacionista; además, el despoblamiento del campo ha llevado consigo la regeneración de la vegetación y el consiguiente aumento de los ungulados silvestres, como los corzos y los jabalíes. Sin embargo, el lobo ha desaparecido en los últimos 40 años de varias regiones del sur de España, y en Sierra Morena se encuentra en la actualidad en serio peligro de extinción por la persecución ilegal en las grandes fincas privadas de caza mayor, donde se los percibe como animales perjudiciales para los ungulados silvestres.

Legalmente, los lobos suelen considerarse como especie cinegética al norte del Duero—con numerosos matices dependientes de cada Comunidad Autónoma— y están protegidos al sur del río. En la mitad septentrional de España no necesitan una protec-

ción estricta, aunque sí podría mejorarse su manejo mediante planes de gestión que incluyan medidas de prevención y compensación de daños al ganado, medidas de conservación del hábitat —sobre todo, hacer permeables las barreras lineales— y la regulación de la caza y su control. Varias Comunidades Autónomas indemnizan directamente los daños o promueven seguros agrarios, pero el sistema es susceptible de ser mejorado.

En Extremadura el lobo parece haber desaparecido en los últimos años, y en Sierra Morena está al borde de la extinción a pesar de su protección estricta. Se precisan planes de recuperación para erradicar la caza ilegal; planes que deberían englobarse en medidas de gestión más amplias que intenten conciliar los intereses de los propietarios de las grandes fincas cinegéticas con la conservación de la fauna.

Diversos sondeos sociales han mostrado que el lobo encarna símbolos opuestos para los habitantes urbanos y los rurales. Los primeros están decididamente a favor del cánido, en el que ven un representante de la naturaleza salvaje y un elemento indispensable del equilibrio natural al que no tenemos derecho a matar aunque cause daños al ganado. Los segundos son hostiles a los lobos, aprecian sobre todo su valor como pieza de caza y consideran que su aceptación mejoraría si los lobos reportaran algún beneficio económico. En los países occidentales, en la parte más extrema del sector urbano, en los últimos años proliferan grupos ecologistas radicales que mitifican al lobo, rechazan los resultados de los estudios científicos y se oponen a cualquier tipo de manejo o control de las poblaciones. Su agresividad promueve el radicalismo de los sectores antilobo, hasta el punto de convertir las polémicas sobre la gestión de la especie en auténticas guerras sociales.

España tiene el privilegio de albergar la población de lobos más numerosa de Europa occidental, que además se encuentra en franco proceso de recuperación. La conflictividad que rodea a la especie en todos los países del mundo, lejos de desanimarnos, debe exhortarnos a afrontar su conservación como un reto para armonizar los intereses de estos animales y sus presas silvestres con los de las sociedades humanas que conviven con ellos.